

Jesucristo, y con él la Iglesia, no solo recibe la plenitud de la vida por el Espíritu Santo, sino la facultad de engendrar espiritualmente á los hijos de Dios, para dilatación del cuerpo de Jesucristo. Por ello San Pablo, no solo llama á la Iglesia cuerpo de Cristo que vive de su vida, sino también su esposa, que se multiplica en sus hijos para perfeccionamiento de este cuerpo, que es la plenitud de Cristo (1). Adán, dice el Apóstol, es la figura de Cristo (2). Si es su figura, dice San Agustín, en él se cumple en un orden superior y espiritual, lo que en el orden natural se representó en el primero; y como á éste le formó Dios una esposa de su mismo costado cuando dormía sueño misterioso, así á Cristo, poseído en la cruz del sueño de la muerte, le fué abierto su costado con la lanza, y brotó sangre y agua, signo de los Sacramentos con que se formó la Iglesia su esposa, para ser la madre de los vivientes por la gracia, como en figura de ella fué llamada Eva, madre de los que viven (3).

Para que mejor comprendamos este misterio, nos dice San Pablo que Cristo se entregó voluntariamente á la muerte por su Iglesia, á fin de santificarla, purificándola con el bautismo del agua por la palabra de vida, para presentársela á sí mismo, sin mancha ni arruga, gloriosa, santa é inmaculada (4). Recordando las palabras

(1) Ephes. I, 22, 23.

(2) Rom. V, 14.

(3) Quando dormivit in cruce signum gestabat, immo implebat quod significatum est in Adam: quia cum dormiret Adam, costa illi detracta est, et Eva facta est: sic et Domino, cum dormiret in cruce, latus ejus lancea percussus est, et Sacramenta profluxerunt unde facta est Ecclesia. Ecclesia Conjux Domini facta est de latere, quomodo Eva facta est de latere. Sed quomodo illa non est facta nisi de latere dormientis, sic ista non est facta nisi de latere morientis..... in cujus figura Eva mater vivorum appellata est. (S. August., *Enarr. in Ps. 126.*)

(4) Ephes. V, 25, 29.

de Dios á Adán y Eva, «serán dos en una carne (1),» añade el Apóstol: este es un gran Sacramento en Cristo y en la Iglesia (2). Es decir, la unión del esposo y la esposa es un sacramento figurativo de la unión de Cristo con la Iglesia, de la cual nacen espiritualmente para Dios los hombres llamados á ser miembros de este cuerpo místico de Jesucristo.

El lazo de esta unión admirable es el Espíritu Santo (3), que da la fecundidad á la Iglesia, así como hizo fecundo el seno virginal de María, formando de su sangre el cuerpo que tomó para sí el divino Verbo; y así como quiso que esta mujer privilegiada fuese Virgen y madre á la vez, así quiere que lo sea la Iglesia, de quien nacen los hijos adoptivos de Dios, que son, según San Pablo, la plenitud del cuerpo de Cristo, para ser conformes á él en la tierra, y sus coherederos en el cielo.

El Hijo unigénito de Dios, dice San Agustín, se dignó tomar la naturaleza humana para unir á sí, como cabeza inmaculada, á la Iglesia sin mancha (4), concediéndole en el espíritu lo que su Madre tuvo en el cuerpo, esto es, el ser virgen y madre (5). Imitando pues la Iglesia á la Madre de su Señor y esposo, ya que no puede en el cuerpo, es virgen y madre en el espíritu (6). Madre

(1) I Cor. VI, 16.

(2) Ephes. V, 32.

(3) Spiritus Sanctus copula unionis nostræ cum Christo. (S. Joann. Chrys., *Hom. 2 de Pentec.*)

(4) Unigenitus Dei Filius humanam sibi dignatus est conjungere naturam, ut sibi capiti immaculato, immaculatam consociaret Ecclesiam. (S. August., *Serm. 191 in Natali Domini.*)

(5) Ecclesiæ concessit Christus in spiritu, quod mater ejus habuit in corpore, ut mater et virgo sit. (S. August., *Serm. de Verb. Joann., c. 10.*)

(6) Ecclesia ergo imitans Domini sui Matrem, quoniam corpore non potuit, mente tamen et mater et virgo est. (Id. *Serm. 191 de Natal. Domini.*)

por las entrañas de caridad con que da á luz á sus hijos, diciendo mejor que San Pablo: Hijitos míos, de quienes estoy de parto para que sea formado Cristo en vosotros (1): Virgen por la integridad de la fe y de la piedad (2). Madre para nosotros, Virgen para su esposo (3). Da á luz á los pueblos, pero son miembros de aquel de quien ella es el cuerpo y la esposa, semejante también en esto á la inmaculada Virgen, porque en muchos es Madre de un solo Hijo, que es Cristo (4).

No es solo de San Agustín esta hermosa idea. Escuchad á San León: «Todo lo que hizo y enseñó el Hijo de Dios para la reconciliación del género humano, no solo lo conocemos en la historia de cosas que pasaron, sino que lo vemos y lo sentimos en la virtud de obras que se reproducen. Él es el mismo que, nacido de Madre Virgen por el Espíritu Santo, hace fecunda por la misma inspiración, esto es, por el mismo Espíritu, á su Iglesia inmaculada, para que por el parto del bautismo dé á luz la innumerable familia de los hijos de Dios, de quienes se dice que no nacen de la carne y de la sangre, sino del mismo Dios (5). Nacen de Dios, porque su genera-

(1) Gal. IV, 19.

(2) Mater visceribus caritatis, virgo integritate fidei ac pietatis. (S. August., *Serm.* 192.)

(3) Speciosus forma præ filiis hominum, Sanctæ Filius Mariæ, Sanctæ Sponsus Ecclesiæ, quam suæ genitrici similem reddidit, nam et nobis eam matrem fecit, et Virginem sibi custodit. (Id. *Serm.* 196.)

(4) Filios parit, sed unius membra sunt, cujus ipsa et corpus, et conjux, etiam in hoc similitudinem gerens illius Virginis, quia et in multis mater est unitatis. (Id., *Serm.* 192.)

(5) Omnia quæ Dei Filius ad reconciliationem mundi et fecit et docuit, non in historia tantum præteritarum actionum novimus, sed etiam in præsentium operum virtute sentimus. Ipse est qui de Spiritu Sancto ex Matre editus Virgine, incontaminatam Ecclesiam suam eadem inspiratione fœcundat, ut per baptismatis partum innumerabilis filiorum Dei multitudo gignatur, de quibus dicitur, qui non ex sanguinibus, sed ex Deo nati sunt. (S. Leo, *Serm.* 14 *de Pass.*)

ción espiritual es en el agua y el Espíritu Santo (1), que es el agente principal y el que produce la gracia y la santidad, por la cual renacemos hijos de Dios en el bautismo (2).

Este Espíritu, que conserva á la Iglesia en la integridad virginal de su fe, y la fecunda como Esposa del Verbo Encarnado, no le fué dado hasta que entró Jesucristo en la posesión plenísima de la gloria, á que fué exaltado en premio de su humillación y sacrificio (3). El Verbo se hizo carne, dice San Agustín, para ser cabeza de la Iglesia, que tomaba por esposa (4), pero no consumó su unión con ella por medio del Espíritu Santo, hasta que fué glorificado (5). Ved por qué después de haber dicho á sus Apóstoles: «Id por todo el mundo, enseñad á todas las gentes, bautizadlas para que sean hijos de Dios, y obrando según la fe se salven (6),» les mandó, dice San Lucas, que no saliesen de Jerusalén para dar principio á esta grande obra, hasta ser investidos de la virtud del Espíritu Santo (7); y ved también por qué el mismo día en que esto se cumple, hace ver al mundo la fecundidad de la Iglesia su Esposa, que da á luz por el bautismo á tres mil convertidos por la predicación de San Pedro, lleno del Espíritu Santo (8), cum-

(1) Joann. III, 5.

(2) Spiritus Sanctus est primarius agens, et effector gratiæ et sanctitatis, per quam filii Dei renascimur in baptismo. (*A Lapide*, in cap. 3 Joann.)

(3) Joann. VII, 39.

(4) Verbum caro factum est, ut fieret caput Ecclesiæ. (S. August. *Enarrat. in Ps.* 148.)

(5) Ad hoc glorificatus est Christus, ut mitteret Spiritum Sanctum. (Id. *in Ps.* 108.)

(6) Matth. XXVIII, 19.

(7) Act. I, 4, 8.

(8) Id. II.

pliéndose lo que habia dicho por Isaías (1): ¿Quién jamás oyó cosa tal? ¿Quién la vió semejante? ¿Parirá acaso la tierra en un dia? ¿O de una vez será dada á luz una nacion? Porque Sion estuvo de parto y parió á sus hijos. Yo, que doy la fecundidad á los otros, ¿seré acaso estéril? (2)

¡Cuántos prodigios, Señores, cuanta grandeza en estos misterios! Resumámoslos en pocas palabras. Dios quiere restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra, quiere libertar al hombre esclavo del pecado y del demonio, hacerle hijo suyo, participante de su divina naturaleza y heredero de su gloria. Envía para ello á su Hijo, Dios como él, que se hace hombre, maestro y modelo de los hombres, y toma sobre sí la responsabilidad de nuestros pecados para redimirnos. Muere en la cruz, y nos da la vida de hijos de Dios. De su costado hace nacer la Iglesia, su cuerpo y su esposa, por la que quiere multiplicarse á sí mismo, formándose un cuerpo de toda la humanidad. Resucita y sube al cielo para tomar posesion de él en nombre de todos, y prepararnos el lugar en que eternamente seremos como Dios, y envía al Espíritu Santo, que es la vida, la santidad y la fecundidad de la Iglesia, para conservarla en su integridad y pureza virginal de la fe, y para hacerla madre de todos los vivientes por la gracia, de todos los hijos de Dios, llamados á la herencia de su gloria.

Todo lo compendia San Pablo en estas palabras: «Dios, rico en misericordia, por su estremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por el pe-

(1) Mystice exponitur de partu Virginis, et de partu Ecclesie in conversione fidelium, et de parturitione æternæ generationis. (S. Thom.; *in Isaiam*, cap. 66.

(2) Isai. LXVI, 8, 9.

cado, nos dió vida juntamente en Cristo, por cuya gracia somos salvos, y con él nos resucitó y nos hizo sentar en el cielo, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia por su bondad sobre nosotros en Jesucristo (1). Todo en Jesucristo, hermanos, todo por Jesucristo. Por él la remision de nuestros pecados (2); por él la libertad de hijos de Dios (3); por él el derecho al cielo, y la esperanza de entrar en su gloria; por él el Espíritu Santo, arras y prenda de nuestra herencia (4); y por el Espíritu Santo nuestro nacimiento espiritual, el derecho á llamar á Dios nuestro Padre (5), el sello de santidad en nuestras almas (6), la virtud y la fortaleza para querer y obrar segun la fe (7), el poder de la oracion que nos atrae los auxilios de lo alto (8), la gracia que nos santifica para que seamos participantes de la divina naturaleza (9), y la caridad que se difunde en nuestros corazones (10), para que estemos en Dios y Dios en nosotros (11), hasta que resucitados por ese mismo Espíritu que resucitó á Jesucristo (12), este reforme y transfigure nuestro cuerpo á semejanza del suyo glorificado (13), para que seamos semejantes á Dios, seamos como Dioses en el cielo (14).

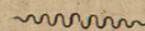
- 
- (1) Ephes. IV, 7.  
 (2) Coloss. I, 14.  
 (3) Gal. IV, 31.  
 (4) Ephes. I, 14.  
 (5) Gal. IV, 6.—Rom. VIII, 15.  
 (6) II Cor. I, 22.—Ephes. I, 13.  
 (7) Philip. II, 13.  
 (8) Rom. VIII, 26.  
 (9) II Petr. I, 4.  
 (10) Rom. V, 5.  
 (11) I Joann. IV, 16.  
 (12) Rom. VIII, 11.  
 (13) Philip. III, 21.  
 (14) I Joann. III, 2.

Bendito sea Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia nos ha reengendrado para esperanza de vida por la resurreccion de su Hijo de entre los muertos (1), y ha difundido sobre nosotros abundantemente su espíritu por el mismo Jesucristo, para que, justificados por su gracia, seamos herederos segun la esperanza de la vida eterna (2). No contristemos, pues, al Espíritu Santo, en el cual estamos sellados para el dia de la redencion perfecta en el cielo (3). No vivamos segun la carne, sino segun el espíritu (4), despojados del hombre viejo y vestidos del nuevo, como resucitados con Cristo (5); y puesto que Dios nos ha criado en Jesucristo para buenas obras, las que preparó para que anduviésemos en ellas (6), buscando, no las cosas del cielo, donde está Cristo sentado á la diestra del Padre (7), crezcamos en todas las cosas en él, que es nuestra cabeza (8), hasta que lleguemos á ser varon perfecto segun la medida de la edad cumplida de Cristo (9), y hechos conformes á él en la tierra (10), seamos sus coherederos en el cielo (11), llenos de toda la plenitud de Dios (12), y embriagados en el torrente de las delicias de su amor por todos los siglos de los siglos (13).

- (1) Petr. I, 3.  
 (2) Tit. III, 6.  
 (3) Ephes. IV, 30.  
 (4) Rom. VIII, 5.  
 (5) Colos. III, 9.  
 (6) Ephes. II, 10.  
 (7) Colos. III, 1.  
 (8) Ephes. IV, 15.  
 (9) Id. id., 13.  
 (10) Rom. VIII, 29.  
 (11) Id. id., 17.  
 (12) Ephes. III, 19.  
 (13) Psalm. XXXV, 9.

---

## NOVENO SERMON.



Jesucristo sentado a la diestra del Padre, nuestro Mediador, Sacerdote y Abogado en la vida, nuestro Juez en la muerte, y nuestro Glorificador en la eternidad.

*Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum (I Joann, III, 1), qui constitutus est a Deo iudex vivorum et mortuorum (Act. X, 42), et reddet unicuique secundum opera ejus.*

(Matth. XVI, 27.)

AL llegar al término de nuestros discursos sobre Jesucristo, no perdamos de vista, Señores, las palabras de San Pablo, que nos han servido de clave para penetrar en los misterios de su grandeza y de su humillacion, de su vida y de su muerte, de su sacrificio perpetuado en la tierra, y de su exaltacion sobre toda gloria en el cielo. «Dios Padre se propuso restaurar en Cristo todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra.» (1) Esa restauracion tuvo principio cuando, por el infinito amor que nos tiene, envió á su Hijo al mundo (2), no para juz-

- (1) Ephes. I, 10.  
 (2) Id. id. II, 4.